

¿Cómo pensar nuestra relación con la tierra como una continuidad inorgánica con nuestro cuerpo, que forma junto a todos los cuerpos un cuerpo común? ¿Cómo hacerlo sin llegar al límite de la muerte, donde cobra sentido aquella expresión que del polvo venimos y al polvo volveremos?

Filtrar como el agua que corre y todo corroe y arrastra, aquella sensación de despojo que sentimos frente a esta tierra que nos dio la vida y nos mantiene vivos también. Una continuidad directa de la que nos han arrancado violentamente, y nos dejó cual recorte, cual holograma o fantasma que deambula por un mundo frente al que siente la impotencia de no saber cómo formar parte.

En las pinturas de Ariel Costa, hay un retorno del monte en forma de ensoñaciones, que parecen remitir a esta imposibilidad de volver al lugar del mundo del que fuimos desplazados. Vemos a un hombre-niño, muchas veces abatido por no poder mimetizarse con aquello que lo alumbró - extrañado también- y ensayando simulacros como el de disfrazarse de pájaro, o desarmado ante los peligros constantes que forman parte del habitar la naturaleza, la misma que así como nos da el canto de los zorzales, y la frescura de la sombra de los árboles, también nos enfrenta a la picadura de una víbora, una raya o quién sabe qué otro peligro misterioso.

Pero también aparecen momentos o instantes de comunidad, donde el sonido de una guitarra se puede confundir hasta volverse indiscernible de los demás sonidos del ambiente, donde la contemplación y la calma nos recuerdan que no solo soñamos cuando dormimos, sino que la ensoñación puede ser la manera de rasgarse el yo para que este pueda derramarse de vuelta a esa tierra común.

Entonces ya no hay esta piedra o aquel arroyo diferenciado de él, sino que acontecen con él. Entonces aparece la bruma y ya no se distingue sustancialmente de cualquier otro pájaro cantor. Sin necesidad de llegar a la muerte para fundirse, deja de ser holograma que reproduce una acción, disfraz que imita, para ser fantasma que retorna una y mil veces hasta que por fin se redime de su estática identidad, para empezar a soñar con los ojos abiertos ante ese monte, y descansar por un instante eterno en su cama de tierra.

Natalia Nuñez